

UNA ANECDOTA RUSA.

No es fácil llevar siempre a cada puesto de responsabilidad a la persona más inapropiada para el cargo.

Por lo mismo que abundan los incompetentes, es difícil saber elegir entre ellos la persona que por su falta de preparación, estrambótico criterio, o notoria impopularidad puede contribuir en forma más eficiente al desprestigio del régimen que lo llama a su servicio.

Lograrlo equivale a contar con un sexto sentido, tan escaso como el que llev^{la!} por inversa, a otros gobernantes a dar siempre con "el hombre de la situación".

No se puede negar, ~~mas~~ ^{mas} sin embargo, que esta forma de genio, en abierta pugna con el aforismo inglés: "the right man in the right place", la posee en alto grado el régimen actual.

La elección de todos los Comisarios de Subsistencias, desde el señor Natho hasta el Dr. Salas; el feliz "ritornello" del señor Garretón en Investigaciones, la constante permanencia del señor Fuenzalida Correa, como Ministro con o sin cartera, para proporcionar al gobierno sus inspiraciones y acertados consejos, son pruebas inequívocas de dicha genial disposición gubernativa en la elección de sus colaboradores.

Per~~o~~ ^o, si el público reconoce la aptitud, no se explica el objeté.

¿qué fin puede perseguir un gobierno en llevar siempre a cada puesto a la persona que, junto con crearle mayores dificultades, coopere a multiplicar los sinsabores y molestias inútiles que soporta el país?

Un lector ingenioso y optimista cree haber hallado la clave del misterio en un anécdota que, por su similitud con el extraño caso nacional, puede arrojar alguna luz en las tinieblas.

Héle aquí:

Es una anécdota de los primeros tiempos de la revolución rusa.

El antes rico comerciante, junto con su mujer, su hijo y su nuera, están viviendo en un cuarto redondo, con medios apenas suficientes para no morir de hambre.

Un día, desesperado, llega hasta un viejo pope amigo, para decirle que, a pesar de sus creencias, va a suicidarse, porque el infierno no puede ser peor que sus actuales sufrimientos. El pope le aconseja no precipitarse, confiar en Dios, comprar un cabro, llevarlo a su cuarto, y volver a verlo ocho días después.

Vuelve el comerciante, más sucio y desesperado. El cabro los tiene locos, es hediondo, destruye todo, y hay que alimentarlo. Ya no queda sino el suicidio. El viejo pope le aconseja comprar otro cabro y venir nuevamente una semana después.

Llega el comerciante aniquilado y andrajoso. Ya es imposible seguir viviendo: los cabros pelean, meten ruido, rompen cuanto encuentran, el cuarto está inundo, la mujer enferma, la nuera con histéricos. Viene a despedirse antes de morir.

El pope le dice entonces que venda un cabro y vuelva en ocho días. Regresa el comerciante siempre afligido, aunque menos desesperado. Si quiera hay ahora un poco de mayor espacio, se hizo una pequeña utilidad en la venta del cabro y los enfermos se sienten mejor.

El pope le aconseja vender el segundo cabro y volver una semana después. Entonces llega el comerciante, con cara alegre y ropa limpia, para decir que vendió el segundo cabro con utilidad, que todos en casa están felices, que la mujer compró un buen pedazo de carne que está asando y una buena botella de vodka, y que esperan a su amigo y consejero a comer esa noche.

El país está lleno de pesimismo desde hace tiempo. Desde casi un año soporta el primer cabro, el Dr. Salas en el Comisariato; ahora corren rumores de que volverá el señor del Pedregal al Ministerio de Hacienda.

Aumentará la desesperación con el segundo cabro. Pero después se irá el D. Salas, y vendrá un respiro, y más tarde se irá el señor del Pedregal, y estaremos felices, y compraremos carne y vino. Y hasta es posible que convidemos a comer al pope.

¿Vana ilusión? ¿Loca esperanza?

En todo caso; el optimismo que fluye de la anécdota, bien justifica su divulgación.

P.

1945

